

GORNELIO HISPANO

BOLIVAR



BOGOTÁ

JUAN GASIB, EDITOR

MCMXVII

CORNELIO HISPANO

BOLIVAR



N 1127

73 Pna 3

opias, H182 Pna 7

3

BOGOTA

JUAN CASIS, EDITOR

MCMXVII

Obras de Hispano

OBRA POETICA

- I. EL JARDÍN DE LAS HESPERIDES. *Poemas paganos*. Edición de Bogotá. 1910. (Agotada). En reimpresión en París. 1 vol.
- II. LEYENDA DE ORO. *Poemas cristianos*. Edición de Caracas. 1911. (Agotada). En reimpresión en París. 1 vol.
- III. ELEGÍAS CAUCANAS. *Poemas nuevos*. Edición de Ollendorff. París. 1912. 1 vol.

OBRA HISTORICA

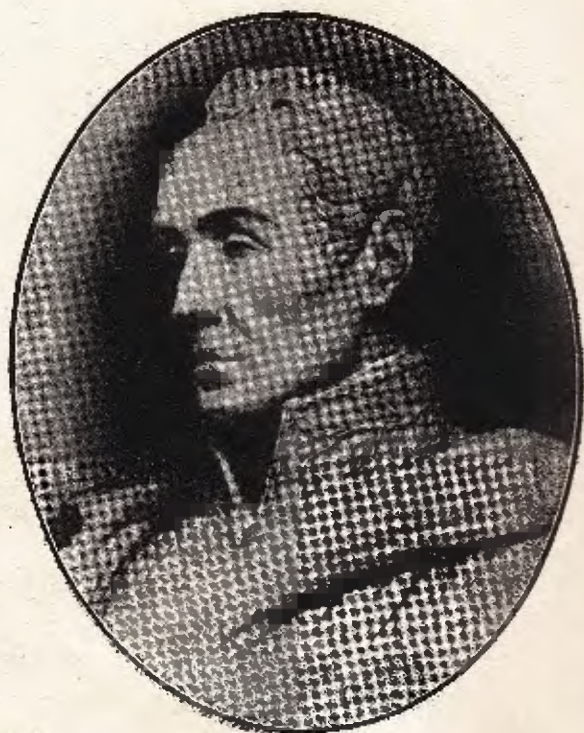
- I. DIARIO DE BUCARAMANGA, O VIDA ÍNTIMA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLIVAR. Publicado por primera vez, con una introducción y notas, por Cornelio Hispano. Edición de Ollendorff. París. 1912. 1 vol.
- II. COLOMBIA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA. LA CUESTIÓN VENEZOLANA. Edición de Bogotá. 1914. 1 vol.
- III. DE PARÍS AL AMAZONAS. LA CUESTIÓN PERUANA. Edición de Ollendorff. París. 1914. 1 vol.
- IV. HISTORIA SECRETA DE BOLIVAR. (Con documentos inéditos). En prensa en París. 1 vol.

EN MANUSCRITOS:

EL LIBRO DE ORO DE BOLÍVAR. 3 vols.

*There was a charm
in the name of Bolivar.*

MEMOIRS OF GEN. MILLER



BOLIVAR



José Enrique Rodó



Cornelio Hispano



Julio Mancini



BOLIVAR

SALA SAMPER

VELADA DEL 16 DE AGOSTO DE 1917

Señoras, señores :

Refieren que, un día de entusiasmo, el filósofo alemán Federico Schleiermacher empezó una conferencia sobre la *Ética* con esta exclamación: «Consagremos un bucle de cabellos a los manes del ilustre e infortunado Spinoza.» Con veneración y entusiasmo semejante, quiero, antes de hablaros de Bolívar, consagrar unas ineptas pero sentidas palabras a los manes de dos jóvenes maestros que fueron sus últimos diligentísimos apologistas, y cuyo prematuro fin nos inspira el mismo sentimiento de piedad y admiración.

Yo no podría memorar las hazañas, ni deciros nada del carácter y pujanza, ideas y pasiones del hijo de Caracas, sin antes pedir la venia a las sagradas sombras de Julio Mancini y José Enrique Rodó, muertos ambos poco después de haber fijado para siempre, en el bronce perdurable de dos lenguas latinas, la semblanza del héroe; ambos muertos en plena robustez intelectual y amados de los dioses.

Clara, como aquella tarde primaveral de junio, recuerdo la última vez que estreché la mano de Mancini. Fue en uno de los anfiteatros de la Sorbona, donde nos hallábamos congregados un grupo de hispano americanos para oír

hablar a un historiador de Venezuela sobre *Napoleón y la independencia de las colonias españolas en 1810*. Días después, los grandes diarios de París anunciaban y elogiaban a porfía la obra hábil, imparcial y discreta, verídica y puntual en los hechos, que acababa de salir de las prensas de una librería académica del célebre *Muelle de los Grandes Agustinos*. El triunfo, vosotros lo sabéis, fue rápido y completo, acompañado de sorpresa hasta por parte de los más adictos al autor, porque es la verdad que en esta ocasión la obra fue muy superior aún al fervor del artífice, que, de una vez, se hombreadó con los más altos cultores de la historia moderna: Sorel, Seignobos, Houssaye, Roujon, Aulard.

Mancini, nacido en Bogotá, educado en París, había viajado por ambos mundos, vivido en archivos y bibliotecas europeos, visitado los de Bogotá y Caracas; su familia era oriunda de Italia, país donde, al decir de Taine, se da mejor *la planta hombre*, y llevaba en sus venas sangre de patricios, de los que fundaron la República en Colombia, y brava sangre corsa, acendrada en esos mismos riscos que nutrieron las raíces de Paoli y Bonaparte. Sólo con elementos tan excepcionales y preparación tan perfecta podía forjarse un historiador de tal vuelo y de tan poderosa envergadura. Su labor quedó inconclusa, como tantas otras del genio en todas las artes, y que tan hondamente nos conmueven. Por mis manos pasó el acervo de manuscritos de donde había de destacarse, como del bloque reacio, el coronamiento de la obra definitiva.

José Enrique Rodó, el ático artista, el crítico libérrimo, el ensayista insigne; maestro a la par de estética, de verdad y tolerancia; talento de genuina cultura europea, ileso de prejuicios ancestrales de raza, libre de espíritu y de corazón, Rodó desaparece también, en la dulce tierra de Teócrito, después de dejarnos, como el fruto más sazornado de su espléndida cosecha, ese elogio de Bolívar, escrito como en un momento sibilino, por cuyas cláusulas marchan paralelamente la elegancia de la más sencilla y castiza prosa con la honda difanidad del concepto histó-

rico y filosófico, de sentenciosa concisión, que tiene, a veces, el brillo acerado de Tácito en la *Vida de Julio Agrícola*; se nos va el maestro cuando, pocos días antes, peregrino por las orillas del mar Tirreno, bajo los pinos y olivos de Pisa, evocando la sombra legendaria de Byron, recordaba, en deliciosa página de episodios inmortales, que allí, en esos lugares de ensueño, fue donde pasó por la mente del magnífico Lord la idea de ir a buscar sosiego y libertad en Colombia; que allí, en ese golfo de Spezzia, de armoniosas marinas, con las montañas Apuanas por fondo, halló la muerte Shelley, el pagano por el pensamiento y por el arte, el ínclito cantor de *Prometeo*, a cuyo cadáver tributó Byron, su hermano en rebelión y en genio, solemnes funerales antiguos, y, últimamente, que consumida la pira y terminada la austera ceremonia, el indomable autor de *Childe Harold* se lanzó al mar y llegó braceando hasta su yate que llevaba el nombre de *Bolívar*!

Mancini y Rodó vivirán en el tiempo al lado del héroe avileño cuya estatua contribuyeron a modelar para la eternidad, y vivirán también porque sintieron y supieron comunicarnos, a nosotros y a los que vengan después de nosotros, ese estremecimiento, esa emoción que pudiéramos llamar, a falta de palabra más expresiva, *la sensación de la historia*.

Ellos contemplaron a Bolívar desde la más propicia situación en que el hombre puede colocarse para juzgar el pasado: a la distancia de un siglo y a través de la pátina con que el tiempo dora y pulcra los grandes cuadros históricos; no distinguieron sus manchas ni advirtieron sus tildes; lo miraron con ojos pacificados y risueños y lo hallaron cubierto de ese puro azul con que, desde el mar, se divisan las montañas. El nombre de Bolívar resonaba en sus oídos como una fórmula mágica y perentoriamente irresistible, con vibraciones de trompetas que tocan fanfarrias triunfales; veíanlo sobre el blanco corcel de Boyacá y Junín, con un gesto fatal, entre riza y estrago, decidir la victoria, como perdidos en sueños, los navegantes del mar Egeo, al pasar ante el campo de *Maratón*, donde yacen

los atenienses muertos por la patria, divisan, todas las noches, humeantes fogatas, reflejos de espadas esgrimidas por fantasmas guerreros, y, en el silencio nocturno, oyen són de clarines, relinchos de caballos y algazara de combatientes!...

Tres virtudes fundamentales puede decirse que integran el genio de Bolívar, destacándose en alto relieve sobre su grande espíritu: el desinterés, la constancia y la seducción personal, y, como norte y estímulos: el amor de la gloria, el amor de la libertad, el amor de la mujer. Ellas explican su portentosa vida, su puesto en los fastos de la humanidad, sus éxitos, su renombre. El estudio de cada una de esas peculiaridades daría tema para otros paliques. Yo voy a hablaros brevemente de ellas, observando que, quizá, la última fue la primera entre todas sus virtudes o fuerzas.

El hechizo de su persona en vida fue el milagroso imán con que atrajo a sí a los pueblos, y con el que arrastró ejércitos de diez nacionalidades a las batallas, a la muerte, a la victoria. Y ese hechizo lo debió a su palabra enlabiadora y a sus ojos irresistibles, porque todos los oficiales extranjeros que lo acompañaron, todos sus cronistas, edecanes, ministros, están acordes en ponderarnos el fulgor cuasi divino que irradiaban sus ojos, grandes y negros, bajo cejas correctas y ampliamente delineadas como arcos triunfales. «El fuego de sus ojos es extraordinario,» dice el viajero inglés Roberto Proctor, quien lo conoció en el Perú; «Sus ojos brillan como dos diamantes,» escribe el poeta francés Martín Maillefer que lo conoció en Caracas, y Le Moyne, Ministro de Francia en Bogotá en 1829, dice: «Sus grandes ojos negros y vivos anunciaban un alma de fuego,» y el naturalista Roulin que delineó su perfil: «Sus ojos brillaban con un fulgor eléctrico,» y el historiador Lallement: «Un fuego vivísimo brota de sus pupilas,» y su enemigo el doctor Arganil: «Este hombre de una fisonomía atrevida y ojos agatados y relumbro-

nes,» y Páez, el llanero: «Sus ojos eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila.»

Así, luminosos, eran los ojos de Napoleón, cuya sola mirada, al decir de Stendhal, le había conquistado el ejército; así, resplandecientes, fueron también los ojos de Goethe, de quien nos dice Eckermann que irradiaban alegría, fuerza, juventud, y que, mientras se escapaban las palabras de sus labios, sus ojos brillaban con un fuego extraño. *Se leía en ellos la expresión del triunfo.*

Otros signos característicos del Libertador eran la agudeza de su voz, que se asemejaba a un chillido, y que se afinaba tanto más cuanto más exaltada se encontraba, al hablar, su poderosa imaginación; la blancura, uniformidad y belleza de sus dientes; la extrema pequeñez de sus manos y de sus pies, y aquellas aposturas que tomaba con frecuencia en los momentos solemnes, en los cuales, «con los brazos cruzados, o asido el cuello de la casaca con la mano izquierda y el índice de la derecha sobre el labio superior, asumía actitudes esculturales.» Unid a esa actitud aquella estatura mediana y férrea, aquella tez morena por el sol, ese perfil enteramente griego, esa cabeza dolicocefala, deprimida en las sienes y prominente en la parte posterior, aquella frente enorme y surcada de precoces arrugas, esos pómulos salientes, esos cabellos negros, largos y crespos flotando en guedejas sobre las sienes, y, en suma, esos ojos maravillosos y hurafios, y tendréis una imagen exacta de Bolívar.

De humor alegre y jovial; de carácter apacible y dulce, puesto que no hay verdadera dulzura sino en el hombre fuerte, ni ternuras más tiernas, ni suavidades más suaves que las de los recién modelados; irreligioso y escéptico; conocía los clásicos griegos y latinos; le impresionaban los ataques de la prensa; gustaba del baile, de los festines, del lujo, de las armas blancas, de los caballos, del campo, de la poesía, de la elocuencia, de la amistad, de la conversación; infatigable en las marchas, dormía a veces envuelto en su capa, en el suelo y al aire libre; impetuoso en el combate, guerrero ante todo y sobre todo, lo atedla-

ban los pormenores de la administración y del bufete, y, honradamente, solía decir: «*Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados... Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional... La guerra es mi elemento; los peligros mi gloria... Yo soy el hombre de las dificultades...*» Como si desde su juventud, consciente de su misión, hubiera presentido que no hay ejemplo de hombre de gabinete que haya podido organizar un Estado en revolución y someter a soldados y generales; que sólo con la espada en la mano y a la cabeza de un ejército se puede dominar hasta los elementos, fundar instituciones y mandar con la seguridad de ser en el acto obedecido.

Al verlo, a su regreso del Perú, en el recinto del Senado, bajo el solio de la República, cargado de laureles y ceñida la formidable espada, nadie habría osado dirigirle la palabra, pero cualquiera hubiera mirado furtivamente, como Heine al visitar a Goethe, si a su lado estaba el águila de Júpiter fulminando el rayo!

La seducción de su nombre y de sus hazafías, después de la muerte, acuerda y embelesa hoy las mentes y los corazones de todos los que en el mundo aman la libertad, el heroísmo, la hidalguía, la abnegación, la gracia, resumen y expresión de todas las excelencias humanas. *There was a charm in the name of Bolívar*, había cierto encanto en el nombre de Bolívar, nos dice en sus *Memorias* el General inglés Guillermo Miller, héroe de Junín, y, en verdad, fue ese insito encanto el que lo hizo ídolo de América durante veinte años en que su caballo no se dio tregua ni reposo, y es el sortilegio de ese nombre el que nos reúne siempre que alguien, por pequeño que sea, como en esta ocasión, quiere hablar de Bolívar, de su coraje, de su constancia, de sus cartas, de sus proclamas, de su tristeza, de su gloria y memoria encantadora!